

son objetos proporcionados al entendimiento; pero como Dios exceda todo entender criado, no hace para conocerle tener buen entendimiento, sino tener buena voluntad para servirle, y con servirle merece el alma ser ilustrada y elevada para entenderle. Fuera de la pureza de vida, hemos de dar lugar á la luz del cielo con el recogimiento y oración, retirándonos algunos ratos, como aconseja David, á nuestros retretes y retiros, á considerar algo de las cosas divinas, ayudándonos de la lección de Santos Libros. No se ha de tener por pesada esta diligencia; que si la reina Sabá, por sólo conocer á Salomón dejó su reino, y peregrinó muchas leguas á tierras extrañas, ¿qué mucho será que por conocer á Dios nos paremos siquiera una hora? Pero el mal es que la ingratitud común de los hombres no es sólo no tratar de conocer cómo sea Dios, sino olvidarse que haya Dios, sin tener cuenta con su ley, que es lo que pareció á San Anselmo caso estupendo, y así dice: «Cuando considero lo que es Dios, cuán dulce su naturaleza, cuán amable, cuán buena, cuán inefable, cuán admirable y cuán digna de venerarse y adorarse, y por otra parte veo qué es el hombre, á quien Dios hizo á su imagen y semejanza, al cual crió así, para que, como siempre representase la imagen de su Criador, tuviera también en la memoria su voluntad y amor por haberle criado tal, me maravillo mucho y quedo atónito de la inestimable bondad de Dios, que como sea omnipotentísimo y justísimo, consiente que viva el hombre una hora, al cual quiso criar tan honrosamente, para que así como el hombre es el más noble de todas las criaturas corporales, así viviese más noble y gloriosamente que todas, conforme á la voluntad de su Criador, el miserable y desdichado ha hecho todo lo contrario: que ajustándose las demás criaturas con la voluntad de su Criador, él siempre, ó casi siempre, resiste á su vo-

luntad. Pero de la inmensa miseria del hombre me maravillo cómo tiene tan perdido el juicio, que, como un bruto que carece de razón, se olvide siempre de su Criador; y no olvidándose jamás el hombre de sí mismo, porque, si no es un loco, no hay alguno olvidadizo de sí mismo que no conozca que es, que vive y que entiende, maravilla es, y cosa para pasmar, que entendiendo el hombre que tiene estas cosas, no se acuerde de Aquel que tuvo por bien dárselas todas»¹.

CAPÍTULO III

Cómo Dios es hermosísimo, y por ser una sombra suya agrada la hermosura criada.

I

Para amar á Dios debemos conocerle, corriendo la cortina y descubriendo, cuanto alcanza nuestro caudal, el rostro de sus divinas perfecciones; por las cuales veremos cómo es dignísimo de ser amado sobre todo lo amable. Y porque lo que suele causar amor con grande suavidad es la hermosura, no hay cosa que con más gusto debamos amar que á nuestro Criador, pues no hay cosa más hermosa. Verdad es que todos los atributos divinos son tan perfectos y amables, que por uno solo debe amarse sobre todas las cosas; pero este título de hermoso concilia más las voluntades y encierra los demás. Por eso Sócrates, para persuadir á los hombres el amor de Dios, no lo hace con otro nombre sino llamándole *lo hermoso*², poniendo tales calidades de la hermosura, que sólo competen á Dios, el cual es hermoso sobre todas las lindezas y maravillas del mundo. Para que entendamos esto se ha de

¹ In meditationibus dulcedinis divinæ, pág. 158. ² Plato in Symp.

suponer la causa por qué agrada tanto la hermosura y es tan eficaz incentivo de amor. Pareció tan clara la razón desto á Aristóteles, que no la quiso dar; y así, preguntándole por qué se amaban las cosas hermosas, sin dar otra causa respondió: «Esta pregunta no la podía hacer sino un ciego»¹. Por ventura con el mismo sentimiento Sócrates, habiendo de hacer una oración condenando á la hermosura, se tapó los ojos, dando á entender que había de ser ciego quien hablaba contra bien tan conocido y sabido. Con todo eso, no es tan clara la razón por qué se ama tanto lo hermoso, como es cierto que se ama; y así podemos inquirir la causa de su amor, y por ella conoceremos cuán digno es Dios de ser amado y cuán hermoso es en sí. Digo que la causa por qué la hermosura corporal agrada, es por ser una sombra y remedo de la razón, por verse en un cuerpo un rasgo y seña de lo que es intelectual y espíritu. De lo cual se puede colegir cómo la verdadera hermosura es la de la razón y espíritu; y así cuanto más tuviere una cosa de espíritu, de razón y de ser intelectual, tanto más hermosa será; por donde, como Dios es puro espíritu y la misma verdad y razón, y su esencia sea intelección, su hermosura será sobre toda amabilidad y belleza.

Para confirmación desto se ha de advertir que lo que hace más graciosa y amable á la hermosura corporal es, según todos los filósofos, la proporción de partes bien ordenadas; de suerte que la orden la cual es propia de la razón, es lo que agrada y hace hermoso: y así no hay hermosura sino en las cosas que puede haber orden. Por lo cual no pusieron Platón y Aristóteles la hermosura en otros sentidos sino en la vista, y el oído, y el entendimiento, porque en los objetos de estas potencias sólo hay orden. «Lo hermoso, dice Platón es un resplandor y rayo

¹ Diog. Laert., in vita Phil.

de lo bueno en las cosas que percibe la vista, el oído ó el entendimiento»¹. Porque por gustoso que sea el olor ó el sabor, no hay en él hermosura, porque no hay proporción ni orden; en la vista, sí, y en el oído, porque hay en sus objetos orden y proporción, conformándose de muchas partes, por la correspondencia que tienen entre sí, un todo agradable y gustosísimo, por el rastro que en esto tienen de razón. Por esta misma causa las naturalezas más capaces ó vecinas á la razón son las que más me gustan de la hermosura. Y así los animales más brutos y torpes, ni gustan de la música, ni de la arquitectura y aseo, porque no llegan á alcanzar el orden y huella de la razón que en estas cosas hay. Mas los hombres que son capaces de razón son los que gustan de una música concertada y de una vista compuesta y adornada; porque la hermosura es prenda propia de la razón, jurisdicción del espíritu y empleo del entendimiento. Y así la belleza corporal sólo agrada por ser una cifra y borrón de la razón, por el orden y proporción de partes que en sí encierra. Por esto dijeron algunos peripatéticos que la hermosura era la razón congruente ó concertada, y á lo gracioso, que acompaña á la hermosura, definieron que era un resplandor exterior de la razón².

Esta gloria de la hermosura de consistir ó emparentar con la razón, se puede echar de ver por su contrario la fealdad, la cual no es otra cosa sino desproporción de miembros, desorden de partes; lo cual causa disonancia

¹ Esta idea ó definición de la belleza atribuida á Platón suele enunciarse también de estotra manera: *Lo hermoso es el resplandor ó rayo de lo verdadero*; más ni en una ni en otra forma se hallan tales palabras en el diálogo *Cratilo* á que se refiere al citarlas el P. Nieremberg. Tampoco parece se encuentran en ninguna de las obras del filósofo griego, aunque el concepto que expresan esté en armonía con la doctrina platónica sobre la belleza. — (Nota del editor.) ² Picolom. gradu 8, cap. 37.

á la razón, que dicta no estar las cosas en su lugar, ni en la composición debida: de modo que la contrariedad á la razón, hace las cosas feas. Lo cual se echa de ver claramente en la fealdad espiritual y moral, que es el pecado; porque entre las cosas feas no hay otra más fea, torpe y monstruosa que la culpa, y toda su fealdad es por la disonancia y contrariedad que tiene á la razón, donde debía haber todo ajustamiento. De donde, por el contrario, se sigue que la verdadera hermosura es la proporción y ajustamiento á la razón; por lo cual no puede haber cosa más hermosa que aquel Sér que es única regla de la misma razón, y éste es Dios, cuyo sér es espiritualísimo, racionabilísimo, intelectualísimo, simplicísimo, que en suma simplicidad encierra las perfecciones de toda esencia; y en Él no sólo hay orden entre sus atributos, sino unidad, que es sobre toda proporción, y orden, y razón, y así es sobre toda hermosura; que, aunque no es capaz de aprender esta suma belleza la cortedad de nuestro modo de entender dependiente de los sentidos, debemos procurar hacer concepto della, y creer más á la razón que lo dicta que al sentido que no lo alcanza.

Confírmase lo mismo con lo que los platónicos ¹ dijeron: que la hermosura de la virtud era incomparablemente mayor que la de los cuerpos; porque echa tal luz y claridad de sí (condición muy propia de lo hermoso, según muchos filósofos), que si se viera con los ojos corporales arrebatara tras sí los corazones humanos y causaría en ellos ardientes amores de la misma virtud. El fundamento desto es, porque si la hermosura corporal agrada tanto, por ser una vislumbre de la razón, por el orden y proporción de sus partes; la virtud, que es perfección de la razón, y la que ordena todo, ¡cuánto más hermosa será!

1 Plato et Cicero.

II

De suerte, que por la mayor semejanza, vecindad ó relación á la razón, son las cosas hermosas más ó menos hermosas, y la razón es la medida, la gloria y la flor de todo lo hermoso: y como en Dios esté la razón esencial y substancialmente, en Él está la esencia y substancia de la hermosura y toda amabilidad, y dél se deriva y participa cuanto hay bello y agradable; porque como es la misma razón, todas las demás cosas proporciona, ordena y dispone que tengan hermosura y perfección. Por esto dijeron los platónicos, que del primer hermoso participaban todas las demás hermosuras. Y San Dionisio dijo que las lindezas criadas eran participación de la causa primera ¹. «Llamamos (dice San Dionisio) hermoso á lo que participa de hermosura; pero llamamos hermosura á la participación de la primera causa, que hace todas las cosas hermosas; y lo que es sobreesencialmente hermoso, se dice hermosura, por la hermosura que da á cada cosa, según su modo y capacidad»; porque como es la misma razón, proporciona á todo: y así lo hermosea de suerte, que todo lo hermoso es una participación de la razón; por lo cual la misma razón ha de ser cosa hermosísima. Porque si á la hermosura corporal, que es un borrón y sombra de lo hermoso, llamó Isócrates dignísima, preciosísima y augustísima entre las demás cosas ²; y también Luciano dice que hace ventaja á todas ³; y Tulio la cuenta la primera entre todos los bienes corporales ⁴; y San Ambrosio, confirmando lo mismo, dice ser cosa mayor que la salud ⁵; por lo cual Home-

1 Dionis., lib. De divin. nom. 2 Isoc., in laud. Hel. 3 Lucian., in Charidemo. 4 Tul., lib. IV, Tusculan. 5 Ambr., lib. 1, offic., cap. 1.

ro y Diógenes la llamaron don divino, y Platón, privilegio y ventaja de la naturaleza, y Aristóteles carta de recomendación, ¿cuál será la Hermosura espiritual, cuán preciosa, cuán digna, cuán amable? ¿Cuál será la hermosura del que es puro espíritu, puro acto, pura razón? San Gregorio Niseno se encoge, y no sabe cómo se podrá declarar; pues por sí no puede comprenderse, ni por alguna comparación explicarse: y así dice ¹: «¿Quién comparará al sol con una pequeñita chispa? ¿Ó á un inmenso abismo de aguas con una gotita? Porque no tiene comparación alguna, ni una gota con un abismo y piélago, ni una mínima chispita con los rayos del sol. Pues desta manera se han cuantas cosas admiran los hombres como hermosas respecto de Aquél que excede á todo lo hermoso y bueno». Es tanta esta hermosura de Dios, origen y forma de las demás hermosuras y lindezas, que en su comparación toda la hermosura junta de cuanto hermoso hay en las criaturas, ó puede haber, es un carbón. Y aunque todas las criaturas posibles fuesen más hermosas cada una que mil soles, y los átomos del aire y arenitas del mar se convirtiesen en bellísimos serafines, y la hermosura de todas juntas se amontonase en uno, fuera todo gran tosquedad respecto de sólo la belleza divina; que cuanto es mayor que las demás, tanto es más diferente, principalmente que la corporal. Porque es la hermosura de Dios total y substancial, no como los cuerpos hermosos, que ni son entera ni esencialmente hermosos, porque no lo son, sino por la superficie exterior y un poco que les quitasen della, con un leve rasguño ó una arruga bastaría para afearles: y cuando toda esté sana y lisa, no suele ser general su hermosura: porque siendo el rostro hermoso, suelen tener desproporcionadas otras partes. Mas Dios todo es hermoso, por

¹ Nissen., cap. 10., de Virginit.

todas partes perfectísimo, de donde quiera agrada, hecha rayos de hermosura, y derrama suavidades, y gracias, y lindezas, con tal exceso, que una vez que se viese, era imposible dejar de enamorarse dél, y amarle sobre la vida y el alma. ¡Oh Dios hermosísimo, fuente de toda belleza, original de toda hermosura, ejemplar de toda lindeza, prototipo de toda perfección, raíz de toda bondad, regla de todo orden, imán de todo amor! ¿Cómo no nos aficiona vuestra hermosura, pues es la flor y lo puro de todo lo hermoso? ¡Oh Señor! ¡Quién tuviera un corazón tan puro para amaros como merece la pureza de vuestras perfecciones y lindezas! Porque si la hermosura criada se ama y admira por ser una sombra de la vuestra, ¿cómo hemos de amar á la luz, á la substancia, á la verdad de la hermosura? Poco es mi entendimiento para admiraros, poco mi corazón para amaros; quisiera que todos los cabellos de la cabeza, los miembros de mi cuerpo, los artejos de cada miembro, y los poros de cada artejo, se me convirtieran en corazones, y cada corazón en un coro de serafines, para amaros con todos; y tener otros tantos entendimientos de querubines, para admiraros con ellos y reverenciaros, si no como merecéis, por lo menos algo de lo que esta criatura vuestra desea.

De lo dicho se sigue que no se había de medir lo que era hermoso por las leyes de la hermosura corporal, que dista más de la razón, sino de la espiritual, que la es más vecina, ó es la misma razón, como lo hizo Platón ¹. Con todo eso, porque puede más en nuestra aprensión lo que entra por los sentidos que lo que inquiere el ingenio, empezaremos á declarar la Hermosura divina por las condiciones de la hermosura sensible, para que veamos cómo están en Dios todos los requisitos de lo hermoso con suma

¹ In Symposio.

eminencia y exceso: después ajustaremos las condiciones de la hermosura espiritual. Pero primero supondremos el fundamento de la infinita Belleza y perfección divina.

CAPÍTULO IV

El fundamento de la Hermosura divina es ser Dios de sí mismo, sin tener principio, por lo cual es infinito. Trátase de la infinitud de Dios.

I

Toda la Hermosura de Dios nace de la infinitud de sus divinas perfecciones, la cual toda está fundada en un raro y estupendo privilegio de su incomprensible naturaleza, el cual es carecer de causa y principio y tener sér de sí mismo. De aquí viene el ser ella infinita, ser perfectísima, ser hermosísima. Y así, Sócrates, que puso las propiedades y condiciones de la belleza en Dios solamente, dijo que la hermosura era un privilegio de la naturaleza, porque sin duda Dios es hermoso sobre toda lindeza y amable sobre toda gracia y hermosura por este singular privilegio de su soberana naturaleza, que es no tener sér de nadie sino de sí mismo desde una eternidad ¹. Por cierto que, aunque no tuviera la Divinidad sino esta propiedad, era su sér un pasmo de admiración y respeto. De lo cual no puede el sentido humano hacer concepto, y el más despierto discurso se atasca en tan singular maravilla. Raro privilegio ser de sí mismo, no tener causa alguna, no haber empezado jamás, haber sido siempre, hallarse *ab eterno* bienaventurado, omnipotente y perfectísimo sin haberlo recibido de nadie. Cómo sea esto no lo alcanza el ingenio, pero ve la razón con evidencia que es así. Más claro es que la luz del sol que Dios tiene sér de sí mismo; pero cómo sea esta

¹ Apud Diog. Laert.

maravilla no lo puede comprender el discurso, que sólo alcanza y ve ser necesario esto en Dios; y lo que conoce por forzosa evidencia, reconoce por admirable y profundo privilegio de la Divinidad. ¡Estupenda maravilla, que vemos ser forzoso lo que no sabemos cómo puede ser! ¡Prodigioso privilegio ser de nadie, tener sér de sí, carecer de origen, haber sido siempre, siempre, siempre! Pondere esto la consideración humana y se pasmará de tal prerrogativa, que teniendo sér todas las cosas de sus causas, Dios no le tiene de ninguna. Porque es fuerza que la que da sér á todas, que ella no le tenga de alguna. Aristóteles demostró con razón y evidencia que todos los efectos hayan de proceder de causas, las cuales han de topar con una que no tenga de quien proceda. Pero cómo tenga sér esta causa sin haberle recibido, es pasmo del entendimiento, término de todo discurso y maravillosísima maravilla. ¡Oh excelencia y noble hidalguía de Dios, no haber recibido sér de nadie! ¡Oh nobleza divina sobre toda gloria, carecer de principio y origen, y ser, no su linaje, sino su misma substancia, no sólo antigua, sino eterna, antes de todo tiempo y siglo! Es gran gloria de los hombres traer su sangre de reyes muy antiguos. ¿Qué gloria será ser Rey omnipotente ante toda antigüedad y memoria? ¡Oh suma felicidad de Dios, hallarse Dios sin deberlo á nadie, hallarse principio de todo sin haberlo recibido de alguno! Aunque fuera esta felicidad común con otras naturalezas, fuera gran gloria; pero siendo única y necesaria de Dios, raro privilegio es de la naturaleza divina.

II

De aquí se sigue, que como Dios no recibió sér de otro, que nadie se le limitó, y así tiene un sér infinito, el cual, como dice San Gregorio Nacianceno ¹, abraza y con-

¹ Nacian., orat. in Natalit.

tiene en sí todo sér universal, nunca empezado, nunca pe-
recedero, como un infinito é interminado piélagó de esen-
cia». Todas las demás cosas muestran ser hechas de otra
porque son limitadas y finitas; sólo Dios es infinito, pues
ninguna causa le determinó; y así, por no tener causa al-
guna que le estrechase el sér y perfección, como por ser
Él fuente y origen de todas las demás causas, tiene nece-
sariamente toda la perfección, cuanta es posible ó imagi-
nable; de modo que es un sér tan bueno, tan perfecto, tan
hermoso, cuanto no es posible imaginarse ni desearse me-
jor, con el cumplimiento y junta de toda perfección y her-
mosura posible, y es un estupendo milagro de belleza, un
pasma de perfección, un inmenso mar del sér, un abismo
de esencia que en sí abraza toda esencia y perfección ima-
ginable, porque es Dios cuanto se puede desear y cuanto
bueno se puede querer. Y así, dijo Plotino: «Dios lo que
quiso es, y como quiere»¹, porque es cuanto pudo que-
rer ser. Después añade: «Señor es de sí, y por su propio
arbitrio posee su mismo sér». Habla desta manera, no por-
que tuviese Dios libre voluntad para ser desta ó de otra
manera, sino porque lo mismo es sér de sí mismo que si hu-
biera tenido libertad y elección para ser como quisiese;
pues en realidad de verdad es cuanto se podía desear ser de
bueno y perfecto. Porque si uno tuviese este singular pri-
vilegio, que escogiese cuantas perfecciones quisiese de su
sér, no podía desear ni imaginar ser tanto cuanto Dios es;
que aunque Él no escogió su sér, nadie se lo dió; y así fué
tanto el no limitársele alguno, cuanto haber Él escogido el
mejor. Échese uno á pensar por mil años perfecciones y
hermosuras, no podrá llegar á pensar alguna tal que no la
exceda infinitamente la hermosura de Dios, porque nadie
limitó ni tasó su bondad y esencia. Por esto el Profeta Ba-

1 Plotin., in 6, lib. 8.º, cap. 13.

ruch, hablando de Dios, dice: «Grande es y no tiene fin,
excelso é inmenso»¹; porque es infinito y carecen de tér-
mino sus divinas perfecciones. Y también dijo David:
«Grande es el Señor, digno de ser alabado sobremanera,
y no hay fin de su grandeza»²; porque abarca toda per-
fección de sér, por grande que sea. Por lo cual llamaban
los filósofos antiguos á Dios «lo universo»³. Y el mismo
Señor, hablando con Moisés, se llamó todo lo bueno⁴, por-
que encierra en su sér simplicísimo todas cuantas bonda-
des, perfecciones y hermosuras hay. ¡Qué hermoso fuera
un prado que tuviese en sí cuantas flores, rosas y aromas
crió la naturaleza! ¡Cuál será la belleza de Dios, que tiene
cuantas hermosuras, gracias, perfecciones y bienes hay, no
sólo en la naturaleza, pero cuantas encierra la posibilidad
de cuantas naturalezas hay, y esto en sumo grado! Por lo
cual dice San Anselmo: «Cosa clara es que cualquiera bien
que sea la suma naturaleza de Dios, que aquello es en
sumo grado. Es, pues, la suma esencia y la suma vida, la
suma razón, la suma salud, la suma justicia, la suma sa-
biduría, la suma verdad, la suma bondad, la suma grande-
za, la suma hermosura, la suma inmortalidad, la suma in-
corrupción, la suma inmutabilidad, la suma bienaventu-
ranza, la suma eternidad, el sumo poder y la suma uni-
dad»⁵. ¡Oh gran Dios, oh suma de sumidades, oh cumbre
de alturas! ¡Cuán hermosa es vuestra naturaleza, pues en
ella, no sólo veremos todo lo hermoso, y perfecto, y bue-
no, sino también todo lo sumo en su último grado y extre-
mo de perfección! Agradabilísimo teatro fuera en que se
viese lo sumo á que puede llegar la claridad del diamante,
el centellear del carbunco, el verdor de la esmeralda, lo
azul de la turquesa, lo colorado del rubí, la grandeza de

1 Baruch, 3. 2 Psal. 114. 3 Apud Eugubinum, de peren.
philos., lib. III, cap. 8. 4 Exod., 33. 5 Anselm., cap. 15. *Mondog.*

la perla, la variedad de la ágata, el resplandor del oro, lo suave del jacinto. ¡Cuánto recreara los ojos un patio empedrado de todas las piedras preciosas, con la suma perfección de su naturaleza! ¡Qué espectáculo será Dios, en quien están juntas todas las sumidades y extremos, no de anas piedras que cría la tierra, sino también de las mayores virtudes y perfecciones del cielo y tierra, no sólo las que hay, sino también las que no hay, las posibles é imaginables, y esto no como quiera, sino encerrándolas todas, por innumerables que sean, en una suma simplicidad de su purísima esencia! ¡Qué prodigio de maravilla fuera si viésemos una flor que, siendo una, tuviese la vista y suavidad de cuantas rosas y flores hay, de la azucena, del lirio, del junquillo, del clavel, de la rosa, del jazmín, de la violeta y todas las demás! ¡Rara maravilla que siendo una fuese todas! Sin duda que agradara más que todas, por hallarse en una lo que se esparce en todas. Y si se hallase una joya, que siendo sola una piedra tuviese las virtudes y colores de las demás piedras preciosas, se estimaría más que todas; si tuviese lo precioso de la perla, lo brillante del diamante, la luz del carbunco, lo verde de la esmeralda, y lo luciente y vistoso de las demás piedras. Más admirable espectáculo fuera éste cuanto en más unidad se viese mayor variedad, y siendo una valiese para todas. ¡Cuán estimada fuera esta piedra! ¡Oh cuán vistosa y hermosa será la naturaleza divina, que, siendo simplíciísima, es todas las hermosuras y perfecciones de todas las cosas! Gran cosa es Dios, que con ser Dios es todo. «Es, como dice San Agustín, grande, bueno, sabio, bienaventurado, verdadero, y cuanto se puede decir dignamente. Pero la misma es su grandeza que su sabiduría, y la misma es su bondad que su sabiduría y grandeza, y la misma es su verdad que todas las demás cosas. Ni en su naturaleza es otra cosa ser

bienaventurado, y otra ser grande, ó sabio, ó verdadero, ó bueno, ó el mismo sér»¹. Esta suma perfección, aunque tan incomprendible, es tan clara, que la conocieron los filósofos. Y así escribe Alcinoó, platónico: «Dios supremo es eterno, inefable, de sí mismo perfecto, de nada necesita, en todo tiempo y lugar absoluto, y exactísimamente perfeccionado. Es divinidad, esencia, razón, verdad, proporción, y lo bueno. Ni refiero estas cosas para distinguir unas de otras, antes considero que todas son una misma cosa»². Raro espectáculo de la naturaleza divina, que siendo una, sea todas las cosas, y cada cosa en ella sea todas juntas, como enseña San Anselmo, el cual dice: «Como aquella naturaleza de Dios de ninguna manera esté compuesta, y sea totalmente todos los bienes, es necesario que todos ellos no sean muchas cosas, sino una. Y así es lo mismo cada uno dellos que todos juntamente, ó cada uno, como cuando se dice Dios que es justicia, ó esencia, se significa una cosa, que es todas las demás juntas, ó cada una dellas»³. Esta es una rara hermosura de Dios, por la cual dice Alcinoó que Dios se dice «hermoso, porque por su naturaleza es estas dos cosas, es más y es igual»⁴: es igual en todos los atributos, pues ninguno es mayor ni menor que otro, siendo cada uno infinito; y es más, porque excede á todo lo que se puede pensar, pues cada uno es todos los demás. No tiene solamente uno que valga por todos, sino también tiene á todos que valgan por cada uno. ¡Oh Dios sin igual! ¡Oh Señor, que todo sois grande y que todo sois más! Dadme más amor vuestro, dadme más conocimiento vuestro; y pues siendo uno sois todas las cosas, dadme que ame á todas por Vos solo, y que únicamente os ame, empleando todos mis afectos, ocupando todas mis

1 August., lib. vi De Trinit., cap. 7. 2 Alcinoos, cap. 10.

3 Anselm., cap. 16, Monol. 4 Alcinoos., cap. 10.

potencias, poniendo todas mis fuerzas en servirlos, reverenciarlos y amarlos.

III

Ni sólo están en Dios todos los bienes, sino todos los sumos; ni solamente están todos sumos, sino todos sumamente, porque en Él están substancial, esencial, única y eminentemente. En Él está todo, y en Él se contiene todo de muchas maneras: no sólo porque no tiene causa, antes es de sí mismo, sino también por lo que de aquí se sigue de ser Él causa de todo, pues da sér y existencia á las demás cosas. Porque por ser sin causa es la causa primera, y á la causa primera pertenece contener en sí eminentísimamente todas las cosas; porque si los accidentes y cualidades se dice que se contienen en la substancia por proceder della, y los rayos de claridad se contienen en el sol de donde manan, tanto más se contendrán en Dios todas las cosas, cuanto es más perfecta causa que todas, pues es independiente de otra, y todas dependen dél; y sin trabajo ni materia prestada, con solo querer, obra cuanto quiere. Y así, cuanto más perfecta causa es, tanto más perfectamente contiene toda perfección; y como obra con perfección infinita, sin necesidad de materia, ni ayuda de instrumento, ni fuerza de trabajo, contiene infinitamente toda perfección. Demás desto, así como el alma sensitiva es más perfecta que la vegetativa, y la racional más que la sensitiva y vegetativa, porque contiene eminentemente á ambas, y también sus efectos, así Dios, porque contiene con eminencia todo sér, y causa, y principio, es perfectísimo, eminentísimo, y, por decirlo así, infinitísimo, pues contiene infinitas perfecciones de todas las causas y esencias actuales y posibles, y esas infinitamente, esto es, más substancial, perfecta y sumamente que en sí son. Porque no

es sólo como el entendimiento, que se dice contener todas las cosas en cuanto tiene la semejanza de todas y puede ser causa ejemplar de muchas; mas en Dios están las ideas, esto es, las perfecciones de todas las cosas, no por figuras, sino infinitamente más cabal y perfectamente que en ellas mismas; y así, el Sér divino es una infinidad de infinitades, un mundo de perfecciones, un inmenso teatro de inmensas hermosuras, una cumbre de altezas y majestades, un pasmo de sér, un milagro de pasmos, un mar de lindezas, hermosuras, grandezas, maravillas, un océano de infinitas infinitades.

De lo cual atónito San Anselmo, dice ¹: «Despierta ahora, ánima mía, y eleva todo tu entendimiento, y piensa cuanto puedes, cuál será, y cuán grande este bien: porque cada bien de por sí agrada y da gusto. Piensa atentamente cuán gustoso y deleitable será aquel bien que tiene de por junto el gusto y sabor de todos los bienes, y no como le hemos experimentado en las cosas criadas, sino tan diferente, cuanta diferencia hay del Criador á la criatura. Porque si es buena la vida criada, ¿cuán buena será la vida criadora! Si es gustosa la salud causada, ¿cuán gustosa será la salud que causó y dió toda la salud! Si es amable la sabiduría en el conocimiento de las criaturas, ¿cuán amable será la sabiduría del que crió todas las cosas de nada! Si son muchos y grandes los deleites de las cosas deleitables, ¿cuál será, y cuán grande, el deleite que está en quien hizo todo lo deleitable!»

Tan grande bien, ¿cómo debe amarle quien tiene necesidad de todo bien? Tan tremenda majestad, tan infinito Sér, ¿cómo debe reverenciarle una vil criatura? Porque si cuanto es mayor un príncipe, tanto le debe mayor respeto un vasallo, al que es infinitamente grande, infinita reveren-

¹ Ansel, in proslo., cap. 24, pág. 28.

cia le debemos. Estremécete, alma, deste piélago de infinidad y adora este prodigio de majestad. Mira qué eres tú respecto de todos los hombres del mundo, y mira qué serás respecto de todos los hombres posibles é imaginables; porque toda esta multitud te excediera infinitamente en número, y lugar, y estimación. Pues mira luego qué será esta multitud infinita respecto de todo el resto de las criaturas posibles, así materiales como espirituales; porque las especies de las cosas son infinitas, y en cada una son posibles infinitos individuos. ¿Qué será sola la especie humana respecto de infinitas especies de ángeles, y qué serás tú solo respecto de toda esa multitud de naturalezas infinitas en número? Mira de aquí qué serás respecto de Dios: porque comparándose solamente con la naturaleza divina toda la multitud de individuos, especies y naturalezas posibles, todo este inmenso abismo de infinitudes, de substancias, es un átomo respecto de solo Dios. Pues tú, ¿qué serás respecto de un Sér tan inmenso, que deshace en su comparación tantas infinitudes de naturalezas? Porque infinitas veces infinitamente sobrepuja á toda la infinidad de naturalezas posibles; y toda cuanta perfección, bondad ó hermosura está en todas ellas esparcida, se halla en Él solo con infinito exceso y ventajas; y en todas ellas, respecto de su grandeza, va tanta diferencia como de la sombra al sol, de lo vivo á lo pintado, y tienen tan poco sér, que si se hubiesen criado todas las cosas posibles, y suspendiese Dios un momento su concurso, al punto se resolverían en nada, ni quedara dellas más rastro que si se imprimiese un sello en el agua. Pues si tanta infinidad de criaturas es nada respecto del Criador, ¿qué serás tú solo? Pues aun no comparado con Él, sino con lo que es nada respecto dél, vienes tú á ser nada; y si tienes algo todo es recibido dél, y sustentado por Él. Mira qué respeto debes tener á tan gran

Sér, á tan infinita Majestad; mira cómo te debes humillar, y sujetarte á tan inmenso Señor.

IV

Para que se avive este concepto de la infinidad del Criador, nos podemos ayudar del concepto que muchos hicieron de algunas criaturas, que aunque limitadas, son tan admirables y tan perfectas, que las calificaron por divinas, admirando tanto á lo criado, que lo dieron la divinidad del Criador. De donde se puede sacar cuál será la infinidad divina, pues la limitación criada es tan maravillosa. El Sabio, hablando de los gentiles cómo erraron en el conocimiento del verdadero Dios, dice: «De los bienes que se ven no pudieron entender Aquel que es (esto es, al que es verdadero y substancial bien) y atendiendo á las obras no conocieron quién era el Artífice, sino que al fuego, ó al aire, ó al viento, ó al cielo de las estrellas, ó á la demasía de aguas, esto es, al mar, ó al sol y la luna, pensaron que eran dioses, gobernadores del mundo; porque si gustando de su hermosura los juzgaron por dioses, entiendan cuánto más hermoso será el Señor de todo, el Padre de la hermosura, que lo hizo todo»¹. Son tan buenas las cosas que Dios ha criado, tan grandes los beneficios que nos ha hecho, que los tuvieron griegos y romanos, y otras muchas gentes, por dignos de divinidad, adorando unos las estrellas, otros á los elementos, otros á varias criaturas que eran de servicio á los hombres, dando por bastante título de la divinidad, ó la hermosura y perfección suya, ó la utilidad nuestra. ¡Oh verdadero Dios, y cómo nos enseña este engaño la verdad de vuestra grandeza! ¡Cuán digno sois de ser Dios por vuestra infinita bondad y perfección,

¹ Sap., 13.

pues hicisteis todo lo bueno y nos lo dais, y sois tan bueno, que comprendéis todo bien, y nos llenáis de bienes! Sólo los beneficios que recibe el hombre son tales, que juzgó Tiberiano que para cada uno bastaba un Dios entero ¹. Sófoeles dijo que se habían introducido muchos dioses para consuelo y alivio de los hombres, pareciendo que uno solo no bastaba para consolar á tantos. ¿Qué dirían si conociesen que sólo Vos hicisteis todos los beneficios y consoláis á todos? Mil loores, mil adoraciones, mil divinidades os dieran, y nada bastara á vuestra infinitad, omnipotencia y majestad; porque en alabar al Criador, dice el Eclesiástico, «diremos muchas cosas y faltaremos en las palabras; mas la suma de los elogios es que está en todas las cosas. ¿Qué valdremos para darle gloria, porque Él es omnipotente sobre todas sus obras? Terrible Señor, y grande grandísimamente, y admirable en su potencia. Aun glorificando al Señor cuanto pudiéredes, con todo eso Él es mucho más, y su magnificencia es maravillosa. Los que bendecís al Señor, ensalzadle cuanto pudiéredes, porque es mayor sobre toda alabanza; los que le engrandecéis, esforzaos con todas vuestras fuerzas, y no os canséis, que no le comprenderéis» ². Consiguiendo el alabarle bastante-mente, «¿quién le verá y podrá decir lo que es? ¿y quién le engrandecerá como es desde el principio de la eternidad?» Este deseo del Eclesiástico cúmplanle los ángeles, cúmplanle los serafines, si pueden; alaben por lo ments á su Criador cuanto pueden, los hombres.

1 Tiberian., in *Prometheo*. 2 *Ecclesiast.*, 43.

CAPÍTULO V

La Hermosura de Dios es sobre todo género y concept, de la hermosura criada.

I

Es tan infinita la hermosura divina, tan incomprendible la perfección de su sér, que es poco cuanto acabamos de decir de su inmensidad y belleza. Y así, pareciendo á algunos Santos que no era mucha alabanza de la Divinidad decir que ella sola comprendía las perfecciones y hermosuras de todas las cosas, y que era, siendo una, todos los bienes y todo lo bueno, dijeron, por mayor alabanza, que no era ninguna hermosura, ni bondad, porque era sobre toda hermosura y bondad. Y así San Gregorio Nacienceno, hablando con Dios, dijo: «Vos, Señor, sois uno, y todas las cosas y nada» ¹. Porque Dios es todas las cosas, en cuanto contiene la flor y perfección de todas; pero es nada de las cosas, porque no es ninguna perfección ni hermosura de ellas, sino sobre toda su perfección y hermosura, y sobre cuanto puede concebir hermoso y perfecto el ingenio humano. Por la misma causa dijo San Dionisio Areopagita que Dios era, «no substancia, ni vida, ni luz, ni sentido, ni entendimiento, ni sabiduría, ni bondad, ni deidad, sino una cosa más excelente y más aventajada que todas éstas» ². Porque todo cuanto puede concebir de excelencia, sabiduría y bondad é infinitad nuestro entendimiento, es infinitamente inferior en nuestro modo de entender á lo que es Dios. Y así, no es la bondad que pensamos en Él, sino sobre esa bondad; no es la sabiduría que juzgamos de Él, ni la hermosura, sino sobre esa sabiduría y hermosura. Aña-

1 Nazian., in quodam carmin. 2 Dionys., cap. ult. *Myst. Theolog.*